

## Mujeres, diversidad y diálogo: de caminos y fronteras

Yo sé  
que las fronteras de mi territorio  
yacen en mi interior.<sup>1</sup>

*Audre Lorde*

### Introducción

Los municipios y las instituciones de primera línea (fundamentalmente centros de salud, servicios sociales y escuelas) son un termómetro de los cambios sociales, que han tenido y siguen presentando grandes dificultades para estar al día y dar respuesta a una realidad donde convergen, en la comunidad de personas que conviven, códigos diversos y marcos de referencia también diversos. La inmigración es un tema de ciudad y por tanto participa de las situaciones de desigualdad y de conflicto que están en el seno de los municipios. Los y las migrantes nos hacen ver; la inmigración subraya problemas que ya están presentes, arrojan luz y actúan como un espejo al reflejar con mayor intensidad cuestiones que ya existen, necesidades y carencias, fracturas que ya padece la propia sociedad receptora.

Sin embargo, existe el deseo y la necesidad de crear vías de diálogo capaces de generar una nueva ciudadanía que permita convivir en la diversidad. Esta nueva ciudadanía se entiende no sólo como un estatus formal, sino que otorga título de participación y establece vínculos de identidad y pertenencia para dar carta a la identidad mestiza.

En este sentido, sabemos que las mujeres son dinamizadoras de lo intercultural. Es a partir de la llegada de las migrantes cuando se produce el verdadero hecho intercultural ya que son ellas el eje que empuja hacia la creación de nuevas formas de relación que construyen cohesión. Es la primera mediadora dentro de la familia y del grupo, es el puente con el entorno y la comunidad.

Es aquí donde se viven, se plantean y se resuelven los conflictos y es aquí donde el principal recurso es el diálogo. El rol de las mujeres es vital donde el

\* Formadora en mediación intercultural. Grupo Triángulo.

\*\* Antropóloga. Universidad Autónoma de Barcelona.

<sup>1</sup> Lorde, Audre. (1997). «Bicentennial Poem #21.000.000» *The Collected Poems of Audre Lorde*. Norton, Nueva York.

juego se debate entre afianzar ventajas y disminuir desventajas, entre conservar y transgredir. Construyen nuevos roles, que no son los que traen de origen ni son los de las mujeres de la sociedad de destino. El proceso de relación con la otra cultura lleva tiempo de reflexión, de aprendizaje, de negociación consigo misma y con los demás. A medio y largo plazo, las mujeres migrantes crean libertad para ser dentro de este nuevo entorno, ni asimiladas, ni segregadas, sino ellas mismas.

A través de nuestra experiencia de trabajo en proyectos y programas relacionados con la inmigración, queda patente que se están generando procesos de conocimiento y de encuentro que avanzan sólidamente hacia una convivencia y una ciudadanía, pero también aparecen una serie de interrogantes que nos remiten a cuestiones actitudinales. Durante mucho tiempo nos hemos ocupado de «ellos» y, más recientemente, se ha ido visibilizando a «ellas». Poco nos hemos ocupado de «nosotros y nosotras», de nuestras percepciones, estereotipos y prejuicios que caen sobre el otro y la otra como una losa, aprisionándolos, creando distancias, perpetuadas por las relaciones interétnicas de poder.

Se generan sentimientos de rechazo a formas que no son propias. Tenemos miedo a la diversidad porque la desconocemos y la percibimos como una amenaza a la cohesión social, a nuestra propia identidad y a nuestras formas de ser y de hacer. Sin embargo, hay otras opciones que también funcionan y que no son las nuestras, las reconocidas, las legitimadas. Hay soluciones alternativas a los mismos problemas, que se construyen en distintos tiempos a partir de una jerarquía de necesidades básicas, del propio proceso migratorio de las personas, de las relaciones de género en origen y destino y del proceso común de inclusión y pertenencia. Por ello, este artículo es una invitación a participar en un diálogo que construya un universo común a partir de una mirada hacia nuestras actitudes y percepciones, provocarlas, impulsarlas, renovarlas y modificarlas.

Partimos de la conciencia de que las culturas o modelos o marcos de referencia personales no son homogéneos cuando hablamos de mujeres, de mujeres inmigradas, de mujeres marroquíes, gambianas, dominicanas, peruanas, chinas, catalanas, andaluzas, europeas... Hablamos de culturas, de procesos migratorios, de experiencias de vida diversas, dinámicas y cambiantes en sí mismas y en su relación con otras. Proponemos, así, hacer una lectura creativa y abierta de los modelos que encontramos, entendiéndolos como rasgos y características no estáticas y anquilosadoras o prejuiciadas y estereotipadas, sino en permanente movimiento situados a lo largo de un continuo de distintas intensidades y niveles según los cambios que vive cada persona, cada mujer en su vida. Son, sobre todo, reflexiones fruto de largos años de observación y participación, de investigaciones científicas y comprometidas y de un rico trabajo conjunto con mujeres autóctonas (muchas de ellas profesionales de lo social, de la educación, de la salud) y mujeres procedentes de otros lugares, tanto en sus sociedades de

origen como en los nuevos espacios de convivencia que construyen en la inmigración.

## 1. Un aviso para caminantes

El trabajo que aquí presentamos nace de un esfuerzo por ir recogiendo por escrito las reflexiones y análisis que se han ido haciendo a lo largo de los últimos años en relación con los avatares de las mujeres inmigradas en nuestra sociedad. Se trata pues de reflexiones y análisis compartidos en espacios de formación, asesoramiento y trabajo, en espacios formales e informales. Rara vez estos diálogos llegan a documentarse o publicarse; quedan en el aire, en el corazón y en las mentes de las personas que participan en ellas, a veces hombres, casi siempre mujeres. A través de un sinnúmero de cursos, jornadas, talleres, proyectos... mujeres de distintos orígenes, migrantes o no, profesionales o no, tejen y entretejen un saber colectivo nacido de la interrelación e interacción de sus diferentes experiencias. Se trazan líneas de comunicación que, desde hace años, son un intenso ir y venir de saberes científicos, en la medida de un rigor posible que pone en juego y valora las intersubjetividades como fuente de riqueza teórica y práctica para la acción social.

Nombrar la propia experiencia es hacer teoría.<sup>2</sup> Nombrar y escuchar para estar en el mundo. En este proceso de construcción común, igual valor tiene la búsqueda comprometida de objetividades dinámicas capaces de aceptarse como hipótesis y propuestas, siempre abiertas y capaces de moverse con la realidad cambiante, nunca como dogma, ley o última palabra. Moverse en lo imprevisto e impredecible es un terreno abonado por las trayectorias personales y profesionales de estas mujeres, que conocen bien la fertilidad del caos, su profundo impulso creativo y el dolor de la necesidad de encontrar órdenes asibles en la ley natural del desorden.

El desafío es, pues, dibujar los hilos que constituyen estas redes, visibilizar ese espacio de poder entre mujeres, nombrarlo para que de ello se ahonde en la conciencia de una realidad compartida, ya larga en el tiempo. Y que este reconocimiento dé continuidad y savia nueva, que reconcilie la dificultad y el frecuente malestar con la visión del conflicto como deseo y posibilidad de cambio.

## 2. La problematización de la realidad de las mujeres migrantes

Traemos siempre a la mesa de diálogo, en primer lugar, los obstáculos y barreras con los que se encuentran las mujeres para integrarse en nuestra so-

<sup>2</sup> Cigarini, Lia et al.: *Política del deseo*, 1998.

ciudad. Cabe, por lo tanto, una reflexión sobre cómo actualmente en nuestra cultura solemos pensar la realidad en términos de problemas y dificultades a resolver. La cultura de la ayuda en nuestra sociedad, encarnada en nuestra forma de pensar y de actuar en lo social desde numerosos roles profesionales, nos exige una representación racional y coherente del problema, de la dificultad, del objeto de intervención. La persona que mira al otro, al usuario, al beneficiario, al cliente, a la mujer inmigrada, en este caso, es un/a experto/a, titulado/a, que no suele ser próxima a la persona que ayuda, no la conoce personalmente ni tiene relación de vecindario con ella. Se trata de una relación de objetividad, de distancia. Centrándose en el individuo (la protección del niño/a, el bienestar del/la ciudadano/a, la integración de la mujer inmigrada...), se afana por identificar los factores problemáticos y determina el éxito de su actuación o intervención en la desaparición de la situación de dificultad. Las mujeres no hablan el idioma, se lo enseñamos. Las mujeres no han ido a la escuela, alfabeticémoslas. Están sometidas, liberémoslas. Vemos su realidad casi exclusivamente en términos de carencias, de necesidades que nosotros debemos cubrir y resolver hurgando en nuestra maletita de doctor, acudiendo a la estantería tristemente reducida de recursos y ayudas oficiales. Oferta y demanda en función de una problematización unidireccional, es decir, desde nuestra exclusiva interpretación de cuál es la enfermedad o la condición personal y social a intervenir.

### 3. ¿Quién es la mujer inmigrada?

El perfil actual de mujeres inmigradas en nuestro país se resume, en estudios e investigaciones, en cuatro escenarios básicos de la inmigración:<sup>3</sup>

Mujeres solas en su país de origen. Su cónyuge ha emigrado y ella queda a cargo de la familia, del cuidado y la educación de los hijos e hijas, para lo que suele contar con la ayuda de otras mujeres de la familia extensa. Gestiona la economía doméstica con recursos propios y aquellos recibidos del marido con frecuencia irregular y en cuantía variable. La mujer desarrolla roles e iniciativas que hasta entonces le eran vedados y cambia su protagonismo fuera del ámbito doméstico.

Reunificación familiar en el país receptor. Conseguida cierta estabilidad laboral, legal y residencial por parte del marido, se reagrupa la familia en un proceso particularmente duro cuando se ha pasado mucho tiempo separados por una situación de migración. Hay necesidad de re-conocimiento, renegociar roles en el seno de la familia, entre la pareja y con los hijos/as.

3 CRID: «Apunts sobre Dona i fet migratori». *Reflexions en femení*, núm.9. març 2001. Oficina Tècnica del Pla d'Igualtat, Diputació de Barcelona.

Mujeres que emigran solas y dejan a su familia en el país de origen. Buena parte de sus ingresos obtenidos en empleos poco cualificados y en la economía informal son enviados para mantener a su familia y pagar deudas en que se incurrieron para facilitar la migración. La soledad, la ausencia de tiempo libre y la separación del núcleo familiar son una pesada carga para estas mujeres.

Mujeres que emigran solas. La migración es una puerta de salida que permite iniciar un proyecto de vida propio. La experiencia de ruptura y transgresión se vive a menudo con mucha incertidumbre y temor, pero también supone un horizonte de cambio que, a pesar de su imprevisibilidad, permite la esperanza.

Más allá de una definición en términos de escenarios sociales de la migración de las mujeres, y para empezar nuestra reflexión sobre sus dificultades de integración social y cultural, cabría plantearse la siguiente pregunta: ¿qué imagen tenemos nosotros/as de las mujeres migrantes con las que tenemos relación (ya sea una relación profesional, social, personal)? A modo de una artista que quisiera representar esa imagen en forma escultórica, ¿qué imaginamos cuando pensamos en «la mujer inmigrada»? En numerosos talleres y formaciones surge una imagen de mujer insegura, protectora, curiosa, aspirante, desinformada, sola (con los suyos y con el entorno), incomunicada, exótica, espabilada (con dotes especiales para sobrevivir), madre, hija, mujer, hábil, espantada, gestora de su familia, muy agradecida, aislada, desarraigada, guiada, sumisa, pobre, descubridora, observadora, estratega, con afán de superación, sorda, atemorizada, diferente, heterogénea, igual, amiga, luchadora contra las propias raíces, rebelde, con mirada propia.<sup>4</sup>

La imagen que nos hacemos de las mujeres inmigradas en sus diversos contextos de vida influye en su integración porque ésta se realiza en un contexto de relación con los demás y, de manera muy intensa, en su relación con las mujeres, inmigradas como ellas o no. Las posibilidades y dificultades que ellas encuentren dependerán en gran medida de esta imagen que alimentamos, de la identidad que les atribuimos. La identidad es nuestra puerta de entrada al mundo social, al mismo tiempo que es, paradójicamente, también nuestro gran obstáculo en el encuentro con el/la otro/a diferente de nosotros. La identidad es obstáculo para las relaciones, y es caldo de cultivo de las denominadas «dificultades de integración», porque se construye dentro de un marco de referencia –único o más diverso– que actúa como filtro y pantalla generadora de representaciones rígidas del otro/a, abstracciones, generalizaciones, distorsiones, etnocentrismos, prejuicios y estereotipos. Aquí nacen los malentendidos e incomprendimientos que a menudo desembocan en tensiones, conflictos y violencia –simbólica o real–, donde la parte más poderosa impone sus juicios de valor y sus códigos de relación sobre el/la otro/a, y éste/a reacciona con actitudes y sentimientos de desconfianza, amenaza,

4 Bermúdez, K. y Kaplan, A.: *Informe Taller «Gènere, Diversitat i Diàleg»*. Oficina Tècnica del Pla d'Igualtat, Diputació de Barcelona/CRID. 2002.

repulsa, rebelión, o bien de defensa, repliegue, resistencia y, a veces, de culpabilización, inferioridad, exclusión, inhibición... Cuando los códigos de comunicación y los ritos de relación son muy diferentes y desconocidos, es difícil que exista un «ir y venir» en la interacción, una retroalimentación (o *feedback*) que permita confirmar o modificar la imagen que nos vamos haciendo del/la otro/a, cultural y vivencialmente diferente de nosotros. Y así se instala una dinámica de relación, a menudo inconsciente, donde se enfrentan dos identidades socioculturales en ataque o defensa y que alimentan las dificultades (o, más bien, la percepción de las dificultades) de integración de las mujeres inmigradas que aquí nos ocupan.

Cuando reflexionamos sobre la cultura y la identidad cultural de las mujeres inmigradas, y las contrastamos con la imagen que de ellas tenemos, lo primero que salta a la vista es el escaso conocimiento que tenemos de nuestra propia cultura, la escasa conciencia que tenemos de nuestra propia identidad cultural. Cuando accedemos a una conciencia de lo propio, entonces podremos abordar con lucidez aquello que define al otro, entonces veremos cómo nuestro marco de referencia cultural actúa como filtro distorsionador de la imagen que tenemos de la identidad de las mujeres inmigradas.

En un esfuerzo por enriquecer y equilibrar nuestra mirada sobre las mujeres inmigradas y las dificultades que percibimos en su integración social y cultural, miremos por un momento las dificultades/obstáculos que tenemos nosotros, nosotras en nuestra relación y comunicación con ellas. Para salir de la lógica «problematizadora», miremos al mismo tiempo las posibilidades existentes en la relación. El trabajo en talleres de formación nos aporta algunas pistas (ver tabla en página siguiente). Cuando miramos nuestra interacción con las mujeres inmigradas desde una perspectiva que no sólo se centra en ver las dificultades sino que intenta identificar y rescatar lo positivo, las posibilidades, los elementos que favorecen la relación, vemos que tenemos mucho más margen de acción y mucho más en común de lo que creíamos. Es importante darle la vuelta a nuestra mirada, de manera que contemple la realidad de forma más integral y desde diferentes puntos de mira. Ahí encontraremos recursos de los que ya disponemos y que pueden apoyarnos en nuestro trabajo.

Cuando se mira nuestra interacción desde las dificultades y posibilidades, emergen nuestras posturas, posiciones, los bloqueos que tenemos. Son zonas sensibles a las que hay que responder, abriendo el diálogo con una misma, con los otros. Para construir relaciones de calidad, sustentadas en el reconocimiento y diálogo con el otro/la otra, hace falta tiempo. Mejorar la convivencia, promover la integración requiere una acción de fondo, de negociaciones y diálogos, de mediaciones y de trabajo comunitario.

Algunas dificultades y posibilidades que encontramos en nuestra relación con las mujeres inmigradas:<sup>5</sup>

5 Bermúdez, K. y Kaplan, A.: *Informe Taller «Gènere, Diversitat i Diàleg»*. Oficina Tècnica del Pla d'Igualtat, Diputació de Barcelona/CRID. 2002.

DIFICULTADES/OBSTÁCULOS	ELEMENTOS FAVORECEDORES
Idioma. Comunicación verbal.	Comunicación no verbal, paraverbal
Acceso y desconocimiento de los servicios	Redes solidarias espontáneas (que favorecen recepción, acogida...)
Desconocimiento legislación	ONGs que facilitan la mediación con administración
Manipulación de los medios de comunicación (color gobierno)	ONGs que denuncian y asesoran para un tratamiento adecuado de la información
Reacciones de rechazo y competencia de la población autóctona	Posibilidad de trabajar las reacciones de rechazo con población autóctona (racismo). Abrir el diálogo con el discurso xenófobo, no reprimirlo.
Falta de memoria histórica en la población autóctona (franquismo, migraciones internas, machismo...)	Afloran debates en general. Abrir diálogos. Mediaciones interculturales comunitarias.
Idea generalizada y parcial de la mujer magrebí, sin tener en cuenta la diversidad de la inmigración, los diferentes perfiles de mujeres inmigradas.	Ganas de aprender. Curiosidad ante lo desconocido. La diferencia y la diversidad como algo positivo. Respeto.
Las mujeres son grandes desconocidas. Recelo ante lo desconocido, miedo, inseguridad.	Recuperación de la memoria histórica. ¿De dónde venimos nosotras como mujeres? Reflexiones sobre nosotras mismas, autocrítica y redefiniciones
Dependencia/autonomía Miedo a la independencia, que ellas decidan	Conocimiento mutuo para romper barreras Talleres de trabajo conjunto, de convivencia.
Relación emocional difícil	Ver lo común entre ellas y nosotras
Impotencia en la relación	Relación emocional facilitadora
Dejar el rol, el poder por parte de la profesional	La inseguridad hace pensar.
Límites: barrera osmótica para no confundirnos	Importancia de conocer los propios límites en la relación con el otro
Aislamiento de las mujeres	Mujeres que aquí hacen una ruptura en roles y tendencias
Relaciones de convivencia que favorecen la dependencia, dominio, maltrato...	Con la información y los recursos, pueden afrontar situaciones de dificultad y/o maltrato
Cargas familiares (por la inserción laboral)	
Falta de criterios homogéneos en cuanto a la formación previa que tienen las mujeres	Trabajar desde el diálogo, buscando la visibilización de capacidades ocultas
Falta participación ciudadana Falta de autoorganización colectiva.	Trabajo comunitario
Prostitución y explotación	

#### 4. Mujer tradicional y mujer moderna

Las mujeres inmigradas que hemos tenido ocasión de conocer en este país suelen ser mujeres cuya cultura e identidad cultural se encuentran más cercanas a la tradición, más próximas (en el tiempo y en sus trayectorias) a un modelo de mujer tradicional, ancestral. En Cataluña, en cambio, el modelo de mujer predominante ha tomado el tren de la modernidad y apenas tiene memoria ya del tiempo en que ella, también, fue tradicional. Cuando hablamos de mujeres tradicionales hablamos de mujeres que viven cercanas a su pasado, a su memoria, a los recuerdos, mientras que la mujer moderna se construye forzosamente (y ferozmente) mirando hacia el futuro. Prima en la sociedad moderna el valor del progreso y la mujer es, sin duda, motor de algunos de los avances más importantes. Las mujeres modernas cuestionan estructuras sociales largamente mantenidas, dudan y hacen tambalear patrones y roles de autoridad pre-establecidos.

La mujer tradicional encuentra seguridad y sentido existencial en la conservación y reproducción de las enseñanzas transmitidas por sus ancestros, en el respeto a sus mayores y a su genealogía. Vive con un fuerte sentido de pertenencia a su historia, a sus raíces, de interdependencia con su familia y con su grupo. El proyecto de vida, la creación y recreación constante de un camino singular, individual, autónomo, independiente, no es su desafío, como lo es para la mujer moderna. En su formación y en su relación con el mundo, priman la iniciación y el holismo (globalismo), la búsqueda de sentido. En la formación de las mujeres modernas imperan la racionalidad, la especialización y la búsqueda de las causas de los fenómenos, como valores privilegiados para lograr una igualdad de oportunidades, de derechos, y un lugar en el mundo. Perseguyen su proyecto de vida, con el desafío de asegurar la dignidad (ante sí mismas), y/o arrastrando el peso de la culpa. Culpa y dignidad vividas fundamentalmente desde la primacía del individuo y de la relación con las cosas. Son, en cambio, para las mujeres tradicionales, el honor y la vergüenza (ante los demás) lo que sostiene su pertenencia al grupo, que es su valor clave, junto con el valor de la relación con las personas por encima de las cosas.

Profundicemos en estas distintas nociones o modelos de mujer, centrándonos en el hecho real de que las personas que solemos estar implicadas directamente en proyectos y esfuerzos para la integración de las mujeres inmigradas en los ámbitos de servicios personales, salud, escuela, formación... somos en gran medida mujeres profesionales. Estamos, por lo tanto, hablando de un modelo de mujer moderna –el nuestro– que solemos imponerles a estas mujeres, desde una percepción de que sus dificultades de integración están directamente relacionadas con la distancia existente entre su modelo y el nuestro. Margalit Cohen-Émerique, en *Construcción y dinámica de la identidad cultural* (1998), nos ofrece pistas para esta reflexión, partiendo de la conciencia de que



las culturas o modelos o marcos de referencia personales no son homogéneos sino diversos, dinámicos y cambiantes en sí mismos y en su relación con otros, entendiéndolas como rasgos y características en permanente movimiento y cambio.

Estos valores que hemos mostrado como preponderantes en las formas de ser mujer en culturas que tienden más hacia la modernidad y en culturas más arraigadas a la tradición se presentan en realidad en cada una de nosotras, en pugna, en negociación, en diálogo constante. Su naturaleza varía según la trayectoria y realidad de cada mujer. La mujer moderna suele callar o ignorar esa voz ancestral en su interior. La mujer inmigrada escucha las voces de una y otra, amplificadas y luchando por imponerse en ella. La experiencia de la inmigración trae consigo una avalancha de nuevas situaciones de vida que comprometen e interpelan los valores, sacuden los límites de la lealtad a los orígenes y abren un diálogo interior nuevo, incesante e intenso entre opciones y alternativas en conflicto. Es la realidad de casi todas las mujeres inmigradas que conocemos, y de casi todas las mujeres que entran en relación con ellas, sean de donde sean. Por ello, cuando hablamos de dificultades de integración de las mujeres inmigradas, tanto sociales como culturales, habría que hacerlo desde una conciencia de nuestras propias dificultades de integración. Esa pugna que ellas viven entre la mujer tradicional y la mujer moderna es también la nuestra, me atrevería a decir la de todas las mujeres. Liliana Mizrahi habla de la mujer ancestral y habla también de la mujer transgresora, no como sinónimo de mujer moderna, sino como de «mujer creadora de un tiempo y un espacio históricos diferentes en su vida». <sup>6</sup> Éste es el desafío de las mujeres, de todas las mujeres. Las mujeres inmigradas enfrentadas al modelo de mujer tradicional y al modelo de mujer moderna. Las mujeres autóctonas también. Para Mizrahi, ambas mujeres, la ancestral y la transgresora, son aspectos constitutivos de la personalidad femenina que se encuentran frecuentemente disociados y escindidos. «El crecimiento de la mujer consiste, entre otras cosas, en aprender a establecer un diálogo tal consigo misma, que permita integrar estas facetas antagónicas en su propia personalidad. El proceso creador de la mujer no implica extirpar su sometimiento al prejuicio ancestral, sino trabajarlo para reubicarlo». <sup>7</sup>

## 5. De la identidad esencial a la multiplicidad de pertenencias

Como profesionales de lo social, con lo que nos gusta generar recursos y poderlos ofrecer, quizás sea una buena idea darnos cuenta de que con un recurso tan sencillo y tan sabio como la mirada, podríamos construir relaciones de

<sup>6</sup> Mizrahi, L. (1991)

<sup>7</sup> Mizrahi, L. (*op.cit.*)

ayuda más adecuadas y menos desgastadoras, para nosotras y para las mujeres con las que trabajamos. Mirar a «la otra», a «la mujer inmigrada» desde una identidad que es la de «la mujer (u hombre) autóctono» es, necesariamente, un hecho intercultural. Definimos la situación intercultural como la interacción positiva entre personas o grupos cuyas identidades se han tejido en marcos de referencia diferentes, en aquello que estructura la personalidad y que define de manera dinámica su vínculo con el entorno social: el orden de lo cultural, lo simbólico, lo espiritual.<sup>8</sup> En un mundo cada vez más plural, en estos tiempos de mundialización, con un proceso acelerado y vertiginoso de interrelaciones, mezcla y amalgama, no podemos hablar de identidades esenciales, de pertenencias únicas y fundamentales. Amin Maalouf habla<sup>9</sup> de la identidad como producto de todos los elementos diversos que se han ido configurando a lo largo de la vida de cada cual, mediante una dosificación singular que nunca es la misma en dos personas. El escritor pone sobre la mesa una cuestión básica: nuestra identidad hoy está hecha de múltiples pertenencias; es una sola identidad y nunca construida en compartimentos, dividida en mitades o en zonas estancas; una identidad a la que no cabe obligar a escoger entre fidelidades y orígenes sino que puede, con una actitud abierta, sin complejos y sin traiciones, asumir la propia multiplicidad, manteniendo un diálogo rico con sus diferentes pertenencias y con las de los demás.<sup>10</sup>

Las reflexiones de Liliana Mizrahi sobre la mujer ancestral y la mujer transgresora, a pesar de referirse a procesos identitarios de las mujeres en general en las sociedades desarrolladas y en desarrollo, se nos hacen particularmente patentes en relación con las mujeres inmigradas, mujeres que surgen de un entorno cercano a lo tradicional aunque sujeto hoy a cambios sociales vertiginosos. «En una sociedad como la nuestra, donde la inestabilidad es tan honda, es importante tener conciencia de hasta qué punto la mujer es requerida para estar constantemente redefiniendo su identidad, su función y su sentido en este mundo. Esta inestabilidad compromete las estructuras primarias de la identidad. El proceso de creación de la mujer es un movimiento dialéctico entre ella, la sociedad y la cultura. Así como todavía encarna valores culturales como la sumisión y la mansedumbre, la mujer tiende a actuar, cada vez con más fuerza, su par antinómico: la ruptura y la transgresión». Y lo hace, a momentos voluntariamente, a momentos forzada por su entorno. Más allá de las características singulares del camino de cada mujer, lo cierto es que se trata de procesos bien parecidos, en las mujeres «inmigradas» y en las mujeres «autóctonas». Cabría preguntarse si no seríamos capaces de hacer camino conjuntamente con las mu-

8 AEP Desenvolupament Comunitari y Federación Andalucía Acoge, *Mediación intercultural. Una propuesta para la formación*, Editorial Popular, Madrid, 2002.

9 Maalouf, Amin: *Identidades asesinas*. Madrid, Alianza Editorial, 1999.

10 García González-Cordón, Humberto: *El pueblo gitano en un mundo globalizado*. Ponencia en VII Jornades de Cultura Gitana a Catalunya. Barcelona, noviembre, 1999.

eres inmigradas, a partir de este binomio singularidad-mundo en común, desde nuestro rol profesional de ayuda, acompañando sus procesos, abriendo fronteras, en lugar de sucumbir a la tentación de forzar al cambio según nuestros propios parámetros. Ser y dejar ser quien una es, desde el reconocimiento de que cada una tiene su propio camino que andar y su propio tiempo en que andarlo. Desde un compromiso de buscar, juntas, los diálogos necesarios donde verter las dudas y miedos que nos asaltan y donde imaginar destinos, trazar itinerarios, sabiendo siempre que éstos serán provisionales, cambiantes, sujetos a nuevas negociaciones conforme vayamos haciendo camino en común.

No es tan fácil, como hemos visto en nuestras reflexiones sobre la pugna entre modelos de mujer (ancestral, transgresora, moderna, creadora). Las múltiples pertenencias, la diversidad de aprendizajes que nos constituyen como mujeres junto con nuestra herencia cultural y social, se encuentran a menudo en contradicción, enfrentadas, y se plantean como mutuamente excluyentes. Teresa San Román,<sup>11</sup> y también Margalit Cohen-Émérique<sup>12</sup> a partir del trabajo de Camilleri sobre la identidad, analizan aquello que denominamos «núcleo duro» de la cultura como un conjunto de rasgos, formas organizativas y estrategias de adaptación relativamente estables en el tiempo y en su extensión. Es lo que Liliana Mizrahi recoge en sus reflexiones sobre la mujer ancestral. Hay elementos y valores que las mujeres inmigradas pueden cambiar y negociar con facilidad en el encuentro y la confrontación con otros modelos de mujer, porque no exigen transgredir los límites de lo que se entiende por pertenencia a la comunidad o cultura de origen. El núcleo duro, no obstante, es de lenta modificación y se cierra a la negociación de cambios cuando ésta viene acompañada de determinados condicionantes. Lo vemos en las relaciones entre personas de la sociedad mayoritaria y la población inmigrada, entre payos y gitanos y, con gran claridad, entre mujeres de uno u otro origen.

Si al hecho de que no coinciden los sistemas de valores en aspectos clave para las mujeres como son su relación con la familia, con la comunidad, la socialización, el trabajo, el tiempo, el espacio, la sexualidad..., si a esta diferencia le agregamos un contexto de interacción donde están siempre presentes –nos guste o no– la concepción de superioridad de una cultura respecto de la otra, la desigualdad social y una conflictiva relación histórica dominante–dominado entre los respectivos pueblos, entenderemos aquello que dicen las personas expertas y experimentadas en la relación intercultural<sup>13</sup> de que el conflicto es inherente al encuentro entre personas culturalmente diversas. Más todavía cuando esta interacción se construye en unos marcos institucionales concretos y unas situaciones de vida cotidiana determinadas.

11 San Román, Teresa: *La diferencia inquietante*, Siglo XXI de España Editores. Madrid, 1997.

12 Para este análisis, destacamos el artículo de M. Cohen-Émérique (1996) «Formación en una perspectiva intercultural», Ponencia III Asamblea. Fed. Andalucía Acoge. Sevilla.

13 *Op.cit.*

## 6. Construyendo una capacidad para las relaciones interculturales<sup>14</sup>

¿Cómo podemos romper esta dinámica –a veces asimilacionista, a veces excluyente– cuando se instala en la relación entre nosotras como agentes sociales (mujeres y profesionales) y las mujeres inmigradas con las que trabajamos? El esfuerzo de situar la comunicación como fundamento de las relaciones entre personas de culturas diferentes y, en ella, recuperar la palabra poniéndola en el centro, nos permitirá situarnos en otro registro, en otro punto de mira, reconduciendo modalidades de violencia y generando la posibilidad de negociaciones y mediaciones creadoras de un espacio común, donde puedan encontrarse vías para prevenir y resolver tensiones y conflictos, así como mecanismos y estrategias innovadoras para una intervención social competente en el ámbito de la inmigración y la interculturalidad.<sup>15</sup>

Es lo que Cohen-Émérique<sup>16</sup> denomina competencia intercultural, es decir, desarrollar una capacidad de comunicación y comprensión intercultural, un enfoque que permite identificar, tomar plena conciencia y actuar sobre los factores de fracaso o riesgo para una interacción intercultural y, por lo tanto, para una acción social adecuada con las mujeres inmigradas. Esta competencia o enfoque intercultural va más allá de la adquisición teórica de conocimientos sobre la inmigración y las culturas de origen. Propone tres tareas o, más precisamente, tres procesos sobre una misma y sobre ellas, que se trata de poner en marcha en la relación entre personas culturalmente diferentes (metodología de análisis de incidentes críticos).<sup>17</sup> Estos procesos se vivencian interrelacionados y entretreídos, pero aquí los describiremos brevemente por separado con el fin de facilitar su comprensión.

La descentración se refiere al proceso de tomar distancia respecto de uno mismo para poder identificar los propios marcos de referencia y las propias representaciones del otro diferente y, así, relativizar nuestros puntos de vista y acceder a una cierta «neutralidad» cultural. Apropiarse del paradigma de la relatividad cultural no significa tolerarlo todo ni perder la propia identidad y valores, sino que nos permite entender que, *a priori*, todas las culturas tienen igual valor a pesar de sus diferencias, que todas están adaptadas y se adaptan continuamente a contextos determinados y representan escenarios de lo humano. Así, descentrándose en la relación con el otro/a, la persona sigue siendo quien es sin imponer sus propios valores y modelos de vida. Ciertamente, la descentración sólo puede aprenderse en la confrontación con la diferencia.

14 A partir de AEP Desenvolupament Comunitari y Federación Andalucía Acoge, *Mediación intercultural. Una propuesta para la formación*, Editorial Popular, Madrid, 2002.

15 Elizabeth Uribe, en «La interculturalidad: un dar y dejarse dar», en *La mediación intercultural, un puente para el diálogo*, Desenvolupament Comunitari, Barcelona, 2000.

16 Cohen-Émérique, *op.cit.*

17 Cohen-Émérique, *op.cit.*

Conociéndose mejor y entendiendo lo que pone en juego para él o para ella en la relación, será capaz de situarse mejor en relación consigo mismo/a y los demás, lo que le permitirá acercarse al sistema y marco de referencia del otro/a culturalmente diferente.

La aproximación al marco de referencia de las mujeres. Un segundo proceso es, pues, aproximarse a las mujeres inmigradas adentrándonos en su marco de referencia cultural. Se trata de ponerse en el lugar del otro, haciendo observaciones sobre el mundo partiendo de su punto de vista, y es a partir de ahí desde donde podemos organizar mejor nuestra comunicación intercultural. La información sobre la otra cultura a través de textos, cursos, prensa, conversaciones o viajes es útil, pero se trata de integrar una dimensión personal, una percepción interior que implica aprender a escuchar los silencios y las palabras, los gestos y los ritos de comunicación con un espíritu de descubrimiento de su sentido para la otra persona y no con ánimo de juzgar o buscar causas. Al desarrollar esta capacidad de comunicación verbal y no verbal, podemos abrirnos a todo aquello que no es el contenido, cuidando de colocar nuestras observaciones en un contexto concreto, fijándonos en los detalles más significativos y que son portadores de valores simbólicos, evitando interpretaciones fuera de la realidad de las mujeres y buscando aquello que subyace en su lenguaje, aquello que está latente, aquella dimensión implícita donde residen las representaciones sociales y los valores culturales interiorizados.

La negociación y la mediación intercultural. Con la evolución de los procesos descritos, podemos abordar negociaciones en torno a elementos más sensibles de la identidad de unos y otros. Cuando los obstáculos para llegar a acuerdos no se pueden resolver negociando sin el puente de una tercera persona, entonces hablamos de necesidad de mediación. Ante dificultades y problemas que tenemos la responsabilidad de prevenir o resolver en relación con las mujeres inmigradas con las que trabajamos, es esencial negociar o buscar mediaciones, pues estos procesos nos asegurarán los intercambios necesarios entre puntos de vista diversos y nos facilitarán las gestiones para llegar a acuerdos lo más satisfactorios posible entre ambas partes. El objetivo es, como hemos dicho antes, transformar la violencia, real o simbólica, donde una de las partes impone su código al otro mediante una presión asimiladora o a través de la indiferencia, generando en ésta reacciones de resistencia y oposición, trampas y engaños, o sumisión pasiva, que hacen fracasar cualquier intento de ayudar y dar apoyo a las mujeres inmigradas frente a las dificultades que encuentran en su proceso de adaptación al nuevo contexto de vida.

Sin perder la propia identidad y valores fundamentales, *la negociación y la mediación favorecen la búsqueda de un terreno común que permitirá encontrar intervenciones adecuadas, soluciones más satisfactorias, resultados viables*. Los procesos arriba descritos pueden crear las condiciones necesarias para esta negociación y mediación. Por las necesidades y dificultades que hemos descrito en la relación

entre profesionales y personas inmigradas, y mientras ambos colectivos adquieren una competencia intercultural suficiente, la mediación intercultural llevada a cabo por personas y equipos debidamente preparados y formados, puede ser ese puente que propicie el acercamiento y estimule intervenciones sociales realizables con las mujeres. Sobre todo en el trabajo con mujeres de otros lugares, la mediación intercultural practicada por mujeres del mismo origen que ellas nos abre posibilidades y nos aporta una ayuda inestimable.

## BIBLIOGRAFÍA

- AL-SAÁDAWI, N. (1991): *La cara desnuda de la mujer árabe*. Ed. Horas y Horas. Madrid.
- BARGACG, Amina (2000): «El paper de la dona en el fet migratori: importància de la vida quotidiana.» Ponència marc. Diada de la Dona. Oficina Tècnica del Pla d'Igualtat, Diputació de Barcelona. Març 2000.
- BARGACG, Amina (2000): «Algunos aspectos psicosociales de la migración económica marroquí en España», en *Revista de Treball Social*, núm. 158. Barcelona, Juny 2000.
- BECK-GERNSHEIM, E., BUTLER, J. y PUIGVERT, L. (2001): *Mujeres y transformaciones sociales*. Colección Apertura. El Roure Editorial. Barcelona.
- BERMÚDEZ, K. y KAPLAN, A. (2002): *Informe Taller «Gènere, Diversitat i Diàleg»* Oficina Tècnica del Pla d'Igualtat, Diputació de Barcelona/CRID.
- CAMILLERI, Carmel, ed., COHEN-ÉMERIQUE, Margalit, ed. (1989): *Chocs de cultures: concepts et enjeux pratiques de l'intercultural*. Editions L'Harmattan. París.
- CIGARINI, Lia et al. (1996): *La política del deseo*. Ed. Icaria. Barcelona.
- COHEN-ÉMERIQUE, M. (1997): «La negotiation-mediation, phase essentielle dans l'intégration des migrants et dans la modification des attitudes des acteurs sociaux chargés de leur integration». *Hommes et migrations*. 1997
- COHEN-ÉMERIQUE, Margalit (1998): *Formación en una perspectiva intercultural*, en Ponencias de la III Asamblea. Andalucía Acoge. Sevilla.
- CRID (2001): «Apunts sobre Dona i fet migratori», en *Reflexions en femení*, núm. 9. Oficina Tècnica del Pla d'Igualtat, Diputació de Barcelona. Marzo 2001.
- JULIANO, Dolores (1996): «Las mujeres inmigrantes, un plus de extranjería», en Kaplan, A. (coord.): *Procesos migratorios y relaciones interétnicas*. Actas del VII Congreso de Antropología Social, septiembre 1996, Zaragoza. Universidad de Zaragoza.
- JULIANO, Dolores (2002): *La prostitución: el espejo oscuro*. Icaria Editorial/Institut Català d'Antropologia. Barcelona.
- KAPLAN, Adriana (1998): *De Senegambia a Cataluña. Procesos de aculturación e integración social*. Fundación «La Caixa». Barcelona.

- KRISTEVA, Julia (1991): *Extranjeros para nosotros mismos*. Plaza y Janés, Barcelona.
- LACOSTE-DUJARDIN, Camille (1993): *Las madres contra las mujeres*. Ediciones Cátedra Feminismos. Instituto de la Mujer. Universidad de Valencia.
- LIBRERIA DELLA DONNA (1996): *El final del patriarcado (ha ocurrido y no por casualidad)*. Pròleg, Barcelona.
- MAALOUF, Amin (1999): *Identidades asesinas*. Alianza Editorial. Madrid.
- MERNISSI, Fátima (1990): *Marruecos a través de sus mujeres*. Ed. del Oriente y del Mediterráneo. Madrid.
- MIZRAHI, Liliana (1991): *La mujer transgresora*. Emecé Editores. Buenos Aires.
- MORA, Luis M. y PEREYRA, V. (1999): *Mujeres y Solidaridad. Estrategias de supervivencia en el África subsahariana*. Los Libros de la Catarata/Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación. Madrid.
- SAN ROMÁN, Teresa (1996): *Los muros de la separación. Ensayo sobre alterofobia y filantropía*. Ed. Tecnos, Madrid.
- SAN ROMÁN, Teresa (1997): *La diferencia inquietante*. Siglo XXI de España Editores. Madrid.
- STOLCKE, Verena (1993): «¿Es el sexo para el género como la raza para la etnicidad?», en *Mientras Tanto*, núm. 48.
- VVAA. (2002): *La mediación intercultural. Una propuesta para la formación*. Desenvolupament Comunitari y Andalucía Acoge. Editorial Popular. Madrid.